

fía es una parte integrante de la vida del cuerpo, un órgano y no un sér heterogéneo independiente por sí mismo y sobreviviendo al cuerpo; he aquí lo que resulta de las manifestaciones siguientes: «El cuerpo envuelve al alma y la transmite la sensación que siente por ella y con ella, aunque incompletamente, y pierde esta sensación cuando el alma está distraída; si el cuerpo se disuelve, el alma se disuelve forzosamente con él; el nacimiento de las imágenes en el espíritu proviene de un centelleo continuo de finas moléculas que parten de la superficie de los cuerpos, de suerte que las imágenes reales de los objetos penetran materialmente en nosotros; la audición es también un resultado de una corriente que parte de los cuerpos sonoros; desde que nace el ruido, el sonido se forma por medio de ciertas ondulaciones que producen una corriente aeriforme.» Las hipótesis, á las cuales la ausencia de toda experiencia verdadera da necesariamente un carácter demasiado infantil, nos interesan menos que aquellas que son independientes de los conocimientos positivos propiamente dichos; de este modo Epicuro trató de reducir á leyes de la naturaleza el origen de las lenguas y del saber. Afirmaba que las denominaciones de los objetos no han sido producidas sistemáticamente sino que se formaron á medida que los hombres profirieron sonidos particulares, que variaron según la naturaleza de las cosas; una convención confirmó el empleo de dichos sonidos, y de esta suerte se desarrollaron las diversas lenguas; nuevos objetos dieron nacimiento á nuevos sonidos que el uso extendió é hizo inteligibles. La naturaleza ha instruído al hombre de muchas maneras y le ha puesto en la necesidad de obrar; los objetos cercanos á nosotros hacen nacer espontáneamente la reflexión y la investigación más ó menos pronto según los individuos, y así es como el desarrollo de las ideas se produce hasta lo infinito al través de períodos indeterminados.

La lógica es la ciencia que Epicuro desarrolló me-

nos, pero lo hizo adrede y por motivos que honran mucho á su inteligencia y carácter; cuando se recuerda que la mayor parte de los filósofos griegos trataban de brillar á toda costa con tesis paradójales, con sutilezas dialécticas y embrollando las cuestiones en vez de aclararlas, no se puede menos de elogiar el buen sentido de Epicuro por haber desechado la dialéctica como inútil y perjudicial; tampoco empleaba términos técnicos ni expresiones extranjeras, sino que lo explicaba todo en la lengua usual y corriente; al orador sólo le pedía claridad, y procuró establecer un criterio de la verdad. Aun aquí encontramos un punto acerca del cual Epicuro es, por lo general, mal comprendido é injustamente apreciado hasta en nuestros días. La extrema simplicidad de su lógica está universalmente reconocida, pero se la trata con un desdén que en el fondo no merece; esta lógica es, en efecto, estrictamente sensualista y empírica; desde este punto de vista es como debe ser juzgada y se hallará que sus principios esenciales, en todo aquello que se puede comprender en las noticias mutiladas ó desnaturalizadas que poseemos, no sólo son claros y rigurosos sino también inatacables hasta el punto donde todo empirismo exclusivo deja de ser verdadero.

La base final de todo conocimiento es la percepción sensible, que siempre es verdad en sí; el error no puede nacer más que de la relación establecida entre la percepción y el objeto que la produce. Cuando un loco ve un dragón, su percepción, como tal, no le engaña; percibe la imagen de un dragón, y esta percepción ni la razón ni las reglas del pensamiento pueden hacerla cambiar; pero si cree que este dragón va á devorarlo, se engaña; el error está aquí en la relación entre la percepción y el objeto; es, en términos generales, el mismo error que comete el sabio que interpreta mal un fenómeno perfectamente observado por él en el cielo; la percepción es verdad y, la relación con la causa hipotética, falsa. Aris-

tóteles enseña sin duda alguna que lo verdadero y lo falso sólo aparecen en la reunión del sujeto y del atributo, es decir, en el juicio; la palabra «quimera» no es verdadera ni falsa; pero si alguno dice «la quimera existe ó no existe», cada una de estas dos proposiciones es falsa ó verdadera. Ueberweg pretende que Epicuro ha confundido la verdad con la realidad psicológica; pero para poder afirmar esto es preciso que defina la «verdad» como la «concordancia de la imagen psicológica con un objeto en sí»; esta definición, conforme con la lógica de Ueberweg, ni está por lo general admitida ni es necesaria. ¡Descartemos las disputas de palabras! Cuando el loco de Epicuro dice «esta imagen representa un dragón», Aristóteles no tiene ya objeción alguna que hacer contra la verdad de este juicio; que el loco pueda pensar en realidad de otro modo (¡no siempre!), eso no concierne á nuestro asunto. Esta reflexión debiera también bastar contra lo dicho por Ueberweg; porque no hay ciertamente nada que exista «en sí» en toda la acepción de la palabra ni con tanta realidad como nuestras ideas, de las cuales todo lo demás se deduce; pero Ueberweg comprende las cosas de otra manera, y también sería aquí preciso responder de otro modo á un error que no existe más que en las palabras; Ueberweg no debe llamar á la percepción de Epicuro «verdadera», sino «cierta», porque es un dato simple, inmediato, incontestable.

Y ahora se preguntará: esta certidumbre inmediata de las percepciones aisladas, individuales y concretas, ¿es, sí ó no, el fundamento de toda «verdad» aun cuando se conciba la verdad á la manera de Ueberweg? El empirismo contestará, sí; el idealismo (el de Platón tal vez no, el de Berkeley) no: nosotros volveremos más adelante sobre la profundidad de esta oposición, pues con lo dicho aquí basta para esclarecer por completo y, por lo tanto, justificar el pensamiento de Epicuro. Ante todo, el punto de vista de Epicuro es el mismo que el de Protágoras;

también empiezan por engañarse cuando creen poder refutarle oponiendo esta conclusión: «Epicuro debe, pues, admitir, como Protágoras, que las aserciones contrarias son igualmente verdaderas.» A lo que Epicuro responde: «Son verdaderas cada una con relación á su objeto», en cuanto á las aserciones contrarias relativas al mismo objeto, no se relacionan con él más que en el nombre; los objetos son diferentes, no las «cosas en sí» sino las imágenes de las cosas; estas imágenes son el único punto de partida del pensamiento; las «cosas en sí» no son ni aun el primer grado, sino el tercero, en el proceso del conocimiento» (39). Epicuro va más allá que Protágoras en el camino seguro del empirismo, porque reconoce la formación de imágenes y de recuerdos que nacen de la percepción repetida y que, comparados con la percepción aislada, tiene ya el carácter de una idea general; esta idea general ó como tal considerada, por ejemplo, la idea de un caballo después de que se han visto muchos, es menos segura que la idea primitiva y única; pero, sin embargo, puede, á causa de su carácter de generalidad, jugar un papel muy importante en el pensamiento.

En efecto, la idea general juega el papel de intermediaria para pasar de las sensaciones á las causas, es decir, para estudiar el objeto en sí; este estudio constituye toda la ciencia; ¿qué es, en efecto, todo el atomismo sino una teoría de la cosa en sí tomada como base de los fenómenos? Sin embargo, el criterio de la verdad de todas las proposiciones generales está siempre comprobado por la percepción, base de todo conocimiento; las proposiciones generales no son, pues, en modo alguno más seguras y verdaderas que las otras, son ante todo y exclusivamente «opiniones» que se desenvuelven por sí mismas en las relaciones del hombre con las cosas. Estas opiniones son verdaderas cuando las confirma la percepción. Los empiricos de nuestro tiempo exigen la confirmación de la teoría por los «hechos»; en cuanto á la existencia misma de un

hecho, sólo la percepción lo atestigua; si el lógico objeta «no es la percepción sino la prueba metódica de la percepción la que en definitiva nos enseña la existencia de un hecho», se puede replicar que, en último análisis, la prueba metódica misma no puede ejercerse más que sobre percepciones y sobre la manera de interpretarlas; la percepción es, pues, el hecho elemental, y el antagonismo de los puntos de vista se manifiesta en la cuestión de saber si el método de comprobación tiene un carácter puramente empírico ó si especialmente se apoya en principios reconocidos como necesarios antes de toda experiencia: no tenemos para qué tratar aquí de esa diferencia; nos basta haber mostrado que, aun bajo la relación de la lógica, seducida por una tradición hostil, se ha acusado á Epicuro de ser superficial y absurdo cuando desde su punto de vista procede por lo menos de una manera tan lógica como Descartes, v. gr.; también éste último rechaza la lógica tradicional y la substituye por algunas reglas sencillas que deben presidir á las investigaciones científicas.

Epicuro fué el escritor más fecundo de la antigüedad; sólo le sobrepujó el estoico Crisipo; pero en tanto que los escritos de este último rebosan de citas y pasajes tomados á otros autores, Epicuro no hace jamás cita alguna y todo cuanto escribe lo saca de sí mismo; indudablemente en este desdén por las citas se manifiesta el radicalismo que tan á menudo va unido á las opiniones materialistas: se sacrifica la historia de las opiniones á la historia de la naturaleza. Resumamos estos tres puntos: Epicuro era autodidáctico, no se unió á ninguna de las escuelas dominantes y aborreció la dialéctica, no empleando más que frases y palabras de la lengua vulgar: por último, no citó nunca á otros pensadores y se limitó á ignorar que existiesen aquellos que pensaban de otra manera que él; esta circunstancia nos explicará sin trabajo por qué tantos filósofos de profesión le consagraron un odio implacable; la acusación de frivolidad tiene el mismo ori-

gen, porque todavía hoy es muy común la manía de buscar la solidez de un sistema en frases ininteligibles unidas entre sí por una apariencia lógica; si nuestros actuales materialistas van demasiado lejos combatiendo la terminología filosófica, rechazando á cada paso como poco claras expresiones que tienen un sentido muy preciso y que no son obscuras más que para los principiantes, es porque no tienen en cuenta términos que se han hecho históricos y cuya significación está perfectamente determinada; sin que haya derecho para dirigir á Epicuro una censura semejante, debemos vituperarle también de haber olvidado la historia; en este concepto, como en otros muchos, Aristóteles es el filósofo que más difiere de los materialistas. Ha de observarse que la filosofía griega acaba en Epicuro y su escuela, si no tenemos en cuenta más que los sistemas vigorosos, completos y fundados sobre bases puramente intelectuales y morales; los desenvolvimientos ulteriores del genio griego pertenecen á las ciencias positivas, mientras que la filosofía especulativa degenera por completo en el neoplatonismo.

En el momento que Epicuro, rodeado de sus discípulos, terminaba apaciblemente en Atenas su larga existencia, la ciudad de Alejandría había ya llegado á ser el teatro de un nuevo desarrollo de la actividad de los helenos. No hace mucho tiempo aún que por espíritu alejandrino se entendía toda erudición enemiga de los hechos y todo pedantismo que trafica con la ciencia; hasta aquellos que hacen justicia á la escuela de Alejandría piensan, por lo general, hoy todavía, que era menester el completo naufragio de una nación de tan agudo ingenio para dar más espacio á las satisfacciones puramente teóricas de la necesidad de conocer. Al revés de estas opiniones, el asunto que nos ocupa pide que insistamos en el espíritu creador, el destello vivaz, el grandioso esfuerzo, la audacia y la solidez, todo junto, tanto en la persecución del fin como en la elección de los medios que descubre nuestra

atención en el mundo intelectual de Alejandría. Si, en efecto, la filosofía que empezó con el materialismo viene á parar, por último, después de una corta y brillante carrera al través de todas las transformaciones imaginables, en sistemas materialistas y en modificaciones de estos sistemas aportadas á los otros, hay derecho para preguntar cuál fué el resultado definitivo de todo este gran movimiento de ideas; y dicho resultado final puede inquirirse colocándose en diferentes puntos de vista.

En la esfera filosófica se ha acogido muchas veces con agrado la comparación que asemeja la marcha de la filosofía á una jornada que partiendo de la noche continúa por la mañana, sigue al medio día y la tarde para volver de nuevo á la noche; según esta comparación, los físico-filósofos de la escuela jónica primero y los epicúreos después, se encuentran en la noche de partida y en la noche de llegada; pero no ha de olvidarse que Epicuro, el último representante de la filosofía griega, por su vuelta á las concepciones más sencillas, no la redujo á la poesía enfática que caracteriza los orígenes de la nación helénica, antes por el contrario, la doctrina de Epicuro forma la transición natural al período de las investigaciones más fecundas en el terreno de las ciencias positivas. Los historiadores se complacen en recordar que el rápido desenvolvimiento de la filosofía griega produjo una escisión irremediable entre la flor de los pensadores y el pueblo entregado á sencillas ficciones; esta escisión había traído, según ellos, la ruina de la nación; aceptando esta última consecuencia, puede tenerse como cierto que la ruina de una nación no entorpece la marcha de la humanidad, sino que esta nación, en el momento de desaparecer, transmite al mundo los frutos sazonados de su actividad como hace la planta que al marchitarse deja caer su semilla; si se ve, pues, que más tarde estos resultados llegan á ser el germen de nuevos é imprevistos progresos, consideraremos con más imparcialidad la marcha de la

filosofía y de la investigación científica colocándonos en el punto de vista más elevado de la historia de la civilización, y se verá fácilmente demostrado que los brillantes descubrimientos de nuestra época en las ciencias físicas se remontan en todas sus partes, por lo que concierne á su origen, á las tradiciones de la escuela de Alejandría.

El mundo entero conoce las bibliotecas y escuelas de Alejandría, la munificencia de los Ptolomeos y el entusiasmo de profesores y discípulos; pero no es ahí donde es preciso buscar la importancia histórica de Alejandría sino en el principio vital de toda ciencia, en el método, que se mostró entonces por vez primera tan perfecto que su influjo se extendió ya á todos los tiempos. Este progreso en el método no se realizó exclusivamente en tal ó cuál ciencia, ni aun sólo en la ciudad de Alejandría; se manifestó más bien como carácter común de las investigaciones helénicas cuando hubo dicho su última palabra la filosofía especulativa; la gramática, de la cual los sofistas habían dado los fundamentos, tuvo entre los alejandrinos á Aristarco de Samotracia, modelo de críticos, cuyas obras consulta aún con provecho nuestra filología contemporánea. En la historia, Polibio comenzó á poner en evidencia el encadenamiento de causas y efectos, y el gran Scalígero trató de renovar en los tiempos modernos los estudios cronológicos de Manetón. Euclides creó el método geométrico, y sus *Elementos* sirven todavía de base á esta ciencia. Arquímedes dió con la teoría de la palanca el fundamento de toda la estática y, de su época hasta la de Galileo, la mecánica no hizo adelanto alguno. La astronomía, que había quedado estacionada después de Thales y Anaximandro, brilló con luz propia entre las ciencias del período alejandrino. Whewell elogia con razón «la época inductiva de Hiparco» porque el método inductivo fué en realidad empleado por vez primera por éste con toda la solidez y originalidad que le caracterizan, pues la fuerza demostrativa de dicho método descan-

sa precisamente en la hipótesis de la regularidad y necesidad de la marcha del universo, que Demócrito había ya formulado el primero; después de esto se comprende el poderoso influjo de la astronomía en las épocas de Copérnico y Keplero, verdaderos renovadores de este método, del que Bacon hizo la exposición. El complemento necesario del método inductivo, segundo punto de apoyo de las ciencias modernas, es como se sabe la experimentación, la cual nació paralelamente á aquél en las escuelas de medicina de Alejandría; Herófilo y Erasistrato hicieron de la anatomía la base de los conocimientos médicos y, á lo que parece, se practicaron vivisecciones; entonces floreció una escuela influyente que adoptó por principio el empirismo, en la buena acepción de la palabra, y cuyos esfuerzos obtuvieron una justa recompensa en los grandes progresos que realizó en la ciencia. Si se resumen todos los elementos de este esplendor científico, los trabajos de la escuela de Alejandría no pueden menos de inspirar profunda admiración y respeto; no fué la falta de vitalidad, sino la marcha de los acontecimientos quien puso término á este prodigioso vuelo de la inteligencia; bien puede decirse que el renacimiento de las ciencias fué en cierto modo la resurrección de la escuela de Alejandría.

No son de despreciar los resultados de las investigaciones positivas hechas en la antigüedad; sin hablar de la gramática, de la lógica, de la historia y de la filología, á las que nadie habrá que regatee su inmenso y durable valor, mencionaremos aquellas ciencias que precisamente en los tiempos modernos han alcanzado perfeccionamiento tan notable gracias á los importantes resultados conseguidos por los sabios de Grecia. Cualquiera que recuerde el mundo homérico con sus incesantes prodigios, el círculo estrecho de sus conocimientos geográficos y sus sencillas ideas acerca del cielo y los astros, habrá de reconocer que el pueblo griego, por lo general tan bien do-

tado, empezó formando su concepción del mundo con elementos puramente infantiles; de la ciencia de los indos y de los egipcios no había recogido más que fragmentos dispersos que, sin la propia colaboración helénica, no habrían podido adquirir jamás un desarrollo notable. La defectuosa carta geográfica del reducido número de comarcas que encerraba el Mediterráneo (comarcas que Platón reconocía ya como una exigua porción del globo), las fábulas acerca de los hiperbóreos y de los pueblos del extremo Occidente, que vivían más allá de los lugares donde se ocultaba el sol, y los cuentos relativos á Scila y Caribdis, prueban que la ciencia y el mito difieren apenas en el pensamiento de los griegos de entonces.

Los acontecimientos corresponden á semejante teatro: los dioses intervienen en cada fenómeno de la naturaleza; estos seres, para los cuales creó el sentido estético del pueblo tipos tan soberbios de vigor y gracia humana, estaban en todas y en ninguna parte, su acción eximía de inquirir la correlación de las causas y de los efectos; en su origen los dioses no fueron todopoderosos, pero no se conocían los límites de su poder; todo es posible y nada puede calcularse de antemano; el argumento *per absurdum* de los materialistas griegos: «luego todo puede provenir de todo», no tiene efecto alguno en este mundo primitivo; en efecto, aquí todo proviene de todo, porque la hoja no puede moverse, ni elevarse la niebla, ni el rayo de luz brillar y mucho menos relampaguear y tronar sin la intervención de una divinidad; en este mundo fantástico no existe todavía vislumbre alguno de ciencia. Entre los romanos aún era peor, si cabe; además, éstos recibieron de los griegos su primer impulso científico; sin embargo, el estudio del vuelo de las aves y los fenómenos del rayo dieron á conocer un buen número de hechos positivos concernientes á las ciencias de la naturaleza; así, pues, la civilización greco-romana sólo tuvo en sus comienzos rudimentos insignificantes de astronomía y meteorología, pero nada